

# Esos extraños aliados: Historias del ejército británico a su paso por la tierra de Ciudad Rodrigo

Miguel Ángel Martín Mas  
*International Napoleonic Society*



La Guerra Peninsular (1808-1814) no solamente proporcionó el escenario sobre el que se desplegaron los principales esfuerzos del gobierno británico en su lucha contra Napoleón. Supuso, además, una oportunidad de oro para que Gran Bretaña terminara convirtiéndose en la primera potencia mundial. En cambio, para los franceses significó el principio del fin del imperio napoleónico, que sufrió en la Península Ibérica una continua sangría de recursos y hombres; no en vano el Emperador se refirió a este conflicto con las palabras «úlceras española». Atrapados en medio de esta lucha entre las dos principales potencias económicas y militares del momento, portugueses y españoles iban a sufrir al paso de la tenebrosa cabalgada de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

La guerra estalló cuando Napoleón intentó expandir su Sistema Continental (el embargo al comercio británico) por todos los puertos de Europa. Portugal, tradicional aliado de los británicos, no se mostró muy dispuesto a colaborar con el Emperador, así que éste decidió invadir el reino luso y, de paso, establecer sus tropas en España, por entonces aliada con Francia<sup>1</sup>. El mando de la que iba a ser la primera invasión francesa de Portugal, de las tres que se iban a llevar a cabo entre 1807 y 1810, recayó en el general Junot. El 18 de octubre de 1807 cruzaba la frontera franco-española con sus 25.000 hombres con la misión de entrar en Portugal, cruzando la senda de montaña que unía Ciudad Rodrigo y Alcántara para luego seguir el curso del Tajo hasta Lisboa. Dejemos que sea el general Marbot el que nos cuente lo que ocurrió cuando los franceses llegaron a la frontera portuguesa a mediados de noviembre:

*Cuando llegó a Ciudad Rodrigo, la última ciudad española antes de la frontera, Junot ordenó a la cabeza de su columna detenerse en ese lugar durante varios días para esperar al resto de sus hombres, que en número de quince mil habían quedado atrás. Cuando logró reunir una tercera parte de sus efectivos, atravesó las montañas de Peñaparda, que lo separaban del valle del Tajo, contando únicamente con media ración de pan para sus hombres. Estas montañas, que yo mismo también he atravesado, carecen de zonas cultivadas y están habitadas por gentes pobres y bárbaras. Las tropas las franquearon venciendo todas las dificultades, a costa de las mayores*

<sup>1</sup> Esta entrada de tropas aliadas francesas en España terminó de forma traicionera, con el secuestro de la familia real española y con la imposición como rey de España de José I, hermano de Napoleón, iniciándose así el conflicto que los españoles conocen como Guerra de la Independencia.

*fatigas, sin disponer ni de alojamiento ni de víveres, lo que les forzó a apoderarse de algunos rebaños pertenecientes a los montañeses, que se cobraron su venganza asesinando a un centenar de franceses rezagados<sup>2</sup>.*

Meses antes de que ocurrieran los fatídicos acontecimientos del Dos de Mayo madrileño, los franceses ya dieron trazas en la comarca del Rebollos de cuál iba a ser su comportamiento con los españoles, y éstos de cuál iba a ser su respuesta. Pero las penurias sufridas por el ejército de Junot en su marcha hacia Lisboa no impidieron que éste entrara triunfante en la capital el 1 de diciembre de 1807, forzando el exilio de la familia real portuguesa al Brasil.

Los portugueses reaccionaron a la invasión francesa como no podía ser de otra manera, solicitando el auxilio de su amigo y protector, el rey Jorge III del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda. El gobierno británico puso en marcha su campaña en la Península Ibérica unos ocho meses después, casi al tiempo que se recibía la increíble noticia de que los españoles habían derrotado a los franceses en Andalucía<sup>3</sup>.

El 28 de julio de 1808, una pequeña fuerza expedicionaria británica al mando del teniente general Arthur Wellesley –elevado a los títulos de vizconde de Wellington en 1809 y de duque de Ciudad Rodrigo en 1812– desembarcó en las playas de Oporto. Apenas un mes después, los franceses se veían obligados a evacuar Portugal tras ser derrotados por Wellesley en las batallas de Roliça y Vimeiro.

De este modo Gran Bretaña, «la pérdida Albión», la mortal enemiga que se había apoderado de Gibraltar un siglo antes y que había echado a pique a la flota española en Trafalgar, se convirtió, de repente, en aliada de los españoles, que desde el 2 de mayo de 1808 luchaban por expulsar de su país a las tropas invasoras francesas. Aquella no iba a ser, desde luego, una alianza fácil.

Para Gran Bretaña, el inicio de la guerra en la península Ibérica suponía la delicada alianza con un país con el que mantenía una rivalidad de siglos y la apertura de un inesperado frente en el sur de Europa. La creación de este frente podría resultar muy útil para debilitar a Francia, ya que

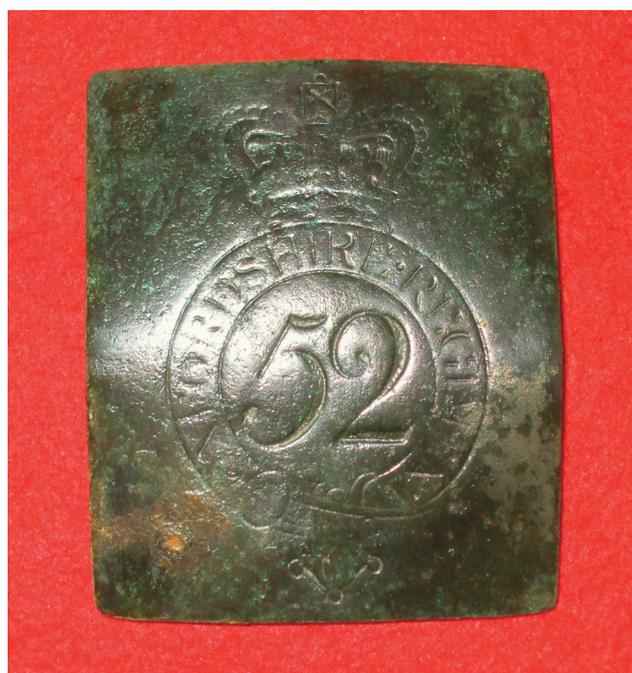
<sup>2</sup> MARBOT, Jean Baptiste de, (2006) *The Life of the Real Brigadier Gerard. Imperial Aide-de-Camp*, Volume II 1807-1811. Leonard Books.

<sup>3</sup> Nos referimos, por supuesto, a la Batalla de Bailén, librada el 19 de julio de 1808.

Napoleón se vería obligado a intervenir desviando tropas de Alemania a España, pero los británicos eran conscientes de que sus recursos humanos y materiales no eran suficientes para derrotar a Napoleón, ni siquiera con la ayuda de los españoles. Lo máximo que se podía hacer era enviar un ejército poco numeroso pero muy bien adiestrado que entretuviera a los ejércitos franceses el mayor tiempo posible hasta que Austria, Prusia y Rusia pudieran recuperarse de las derrotas infligidas por Napoleón y volver a iniciar otra guerra contra Francia. Pero se trataba de un único ejército británico, el único del que realmente se disponía, enfrentado a varios ejércitos franceses, así que resultaba esencial cuidarlo al máximo. Solamente se podría arriesgar a los soldados británicos en batallas defensivas y en un terreno conocido desde donde se pudiera mantener la línea de abastecimiento con la capital portuguesa y la opción de retirada hacia las líneas defensivas que iban a proteger la península de Lisboa, las Líneas de Torres Vedras, cuya fortificación a manos de ingenieros portugueses y británicos se inició en cuanto el ejército de Junot evacuó el reino luso. Los británicos no debían actuar precipitadamente en la Guerra Peninsular, un conflicto cuyos objetivos principales eran el mero desgaste del enemigo francés y la defensa de Portugal, así que, en consecuencia, el comandante en jefe británico desde 1809, Wellington, solamente se iba a arriesgar a presentar batalla cuando sabía que iba a ganar y, lo más importante, cuando sabía que iba a ganar algo con la victoria. La prioridad estratégica de los británicos era mantener un pie en Portugal, y si para eso había que abandonar a su suerte, en un momento dado, a los aliados españoles, como ocurrió con la guarnición de Ciudad Rodrigo en 1810, no les iba a temblar el pulso.

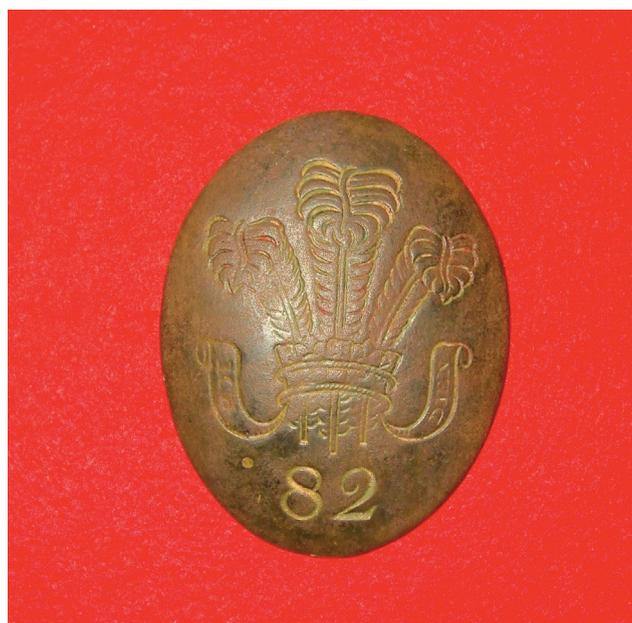
Por el contrario, los españoles tenían prisa, y mucha. El país estaba invadido y había que devolver el trono al rey Fernando VII, El Deseado. España carecía de recursos materiales, pero contaba con una gran cantidad de hombres disponibles para la recluta, aunque resultaba extremadamente difícil proveerles de armas, uniformes y mucho menos instruirlos. La alianza con Gran Bretaña suponía que una nación rica podría resolver todos esos problemas; además, su ejército, desembarcado en Portugal, ayudaría a expulsar a los franceses de inmediato<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Véase MAROTO DE LAS HERAS, Jesús, «Los entresijos de la alianza hispano-británica: problemas militares, políticos y diplomáticos que hubo que resolver», artículo publicado en el año 2009 en el n.º 5 de la revista *Cuadernos del Bicentenario*.



*Placa de correa del 52.º regimiento de infantería británica.*

Fue esta visión contrapuesta al respecto del tiempo de la guerra la que iba a alimentar la conflictividad constante entre británicos y españoles al respecto de las cuestiones militares, aunque no iba a ser éste el único motivo de discordia entre



*Placa de correa del 82.º regimiento de infantería británica.*

ambos pueblos. Por otro lado estaban sus distintas concepciones del mundo, las diferentes costumbres y hábitos alimenticios y, sobre todo, la enorme brecha religiosa que separaba a los españoles católicos de los británicos protestantes. El choque de culturas, los prejuicios, la xenofobia y la desconfianza mutua entre dos pueblos que habían sido enemigos durante siglos, comenzaron a dar sus amargos frutos desde el primer momento en que los británicos pusieron un pie en la tierra de Ciudad Rodrigo.

En octubre de 1808, animado por las victorias de Wellesley en Roliça y Vimeiro, el gobierno británico dio las órdenes pertinentes para que una fuerza de 30.000 soldados de infantería y 5.000 de caballería al mando del general Moore se pusiera en marcha desde Lisboa camino de la frontera, con el objetivo de entrar en campaña junto a los ejércitos españoles que combatían para rechazar la invasión francesa de su reino. El oficial británico de la unidad de suministros del tren de artillería, Richard Henegan, nos cuenta cómo los habitantes de Ciudad Rodrigo pasaron de pensar que los recién llegados ingleses eran unos héroes a pensar que eran unos villanos:

*Llegamos a Ciudad Rodrigo la noche del 26 de diciembre, tras una larga y penosa marcha desde Castelo Branco. El tiempo era húmedo y frío y la tediosa labor de empaquetar la munición, llevada a cabo en la plaza principal de la ciudad, expuso largo tiempo a los hombres a los elementos. Habiendo, sin embargo, concluido esta tarea, nos retiramos a nuestros respectivos alojamientos para pasar la noche, pero, mucho antes del amanecer, el sonido de los tambores de la guarnición española anunció que algo ponía en peligro a la ciudad. Nos levantamos de inmediato y nos encontramos con que un oficial español había llegado con la noticia de que una columna francesa se encontraba a muy pocas horas de marcha. Con ese espíritu exaltado que caracteriza a los españoles cuando se enfrentan a una situación difícil, los habitantes de la ciudad juraban que derramarían hasta la última gota de sangre en la defensa de sus hogares. Se podía ver a mujeres y niños prestando su ayuda en los trabajos de defensa de las murallas, mientras que grupos de frailes, con los largos hábitos marrones arremangados para tener más libertad de movimientos, aparecían junto a las baterías, animando a sus compatriotas a llevar la defensa de la ciudad hasta el último extremo.*

*Pueden imaginarse que los españoles consideraban a nuestro pequeño grupo como seguros e incondicionales aliados en esta hora de necesidad, así que su absoluta confianza en nuestras valerosas intenciones en favor de su causa les llevó a levantar los puentes levadizos que comunicaban la fortaleza con el campo abierto, sin*

*haberse planteado en ningún momento la posibilidad de que les solicitáramos abandonar la fortaleza. El asombro que sintieron al ver que recibíamos órdenes de ponernos en marcha lo expresaron con un lenguaje absolutamente inequívoco, aparte de negarse en rotundo a permitirnos salir, acusándonos de desertión [...]*

*Tras mantener una tempestuosa entrevista con el gobernador español sobre la necesidad de enviar nuestra munición a Almeida, se pronunció el «ábrete sésamo», pero la gente estaba tan enfadada con nosotros que mientras marchábamos lentamente tras los pesados carros de municiones por las calles de la ciudad, nuestro avance se veía interrumpido por una multitud que mostraba su indignación ante nuestra marcha, llamándonos ladrones, y otras cosas peores, por abandonarlos en un momento de peligro<sup>5</sup>.*

Pocas horas después, el mismo Henegan y un camarada por poco pierden la vida a manos de los habitantes del pequeño pueblo de Sexmiro, a los que el color azul del uniforme de la artillería británica les hizo desconfiar:

*[...] Le propuse a un oficial de suministros, que había servido en Sudamérica con el general Whitelock y que había adquirido un perfecto conocimiento del español, que montáramos nuestros corceles y nos dispusiéramos, protegidos por el manto de la noche, a salir en busca de información sobre los movimientos del enemigo. Mi propuesta fue recibida con entusiasmo, así que, cuando todo estuvo en silencio, montamos nuestros caballos y comenzamos nuestra expedición en dirección a las orillas del Águeda. La noche era extremadamente fría, pero sin nubes, y por las aldeas por las que pasábamos no se oían más signos de vida que el ladrido de los perros y el ruido producido por los cascos de nuestros caballos golpeando pesadamente la tierra congelada. Hacia la medianoche llegamos a un pueblo llamado Sisermo (sic), situado a orillas del Águeda. Aquí nos detuvimos y, tras reconocer varias casas, llamamos a la puerta de una de ellas, donde esperábamos encontrar la información que buscábamos y algo de alimento para nuestros caballos. Durante varios minutos no obtuvimos respuesta, pero como insistimos, una voz en el interior nos hizo saber que nos había oído.*

*La puerta se abrió muy despacio y dos figuras, envueltas en grandes capas pardas, nos preguntaron qué queríamos. Mi compañero, que era el que hablaba español, respondió que éramos oficiales ingleses que pedían algo de comer para ellos y sus caballos. Nos metieron en una sala alargada y oscura, al final de la cual brillaba una lámpara solitaria. Nuestros anfitriones salieron de la habitación. Mientras nos desembarazábamos de los*

<sup>5</sup> HENEGAN, Richard D., (2005) *Seven Years Campaigning in the Peninsula and the Netherlands 1808-1815*. Volumen I. Non-such Publishing.

capotes y los sables, mi compañero y yo acordamos mostrarnos muy cautelosos a la hora de recabar información y no dar cuenta de las noticias oídas en Ciudad Rodrigo esa mañana.

Un hombre vestido con sotana entró en la habitación. Era joven y de aspecto atlético y, parco en palabras, se nos presentó como el dueño de la casa.

Yo me fijé en la expresión de su cara cuando nos preguntó, con un tono de sorna, dirigiendo la mirada hacia nuestros uniformes, si sabíamos que los franceses se encontraban en la otra orilla del Águeda. Mi amigo, que, como habíamos acordado, no quería dar más información de la necesaria, se mostró tan dubitativo a la hora de responder que nuestro anfitrión nos echó otra mirada escudriñadora y salió de la habitación a toda prisa.

Nos dimos cuenta de que no íbamos a obtener información sobre los movimientos del enemigo y, cuando nos encontrábamos hablando de qué hacer al respecto, oímos el murmullo de un buen número de voces, y no tuvimos tiempo de expresar nuestra sorpresa cuando nuestro anfitrión entró de nuevo en la habitación seguido de un puñado de tipos de mirada feroz que, envueltos en sus enormes capas pardas, se plantaron delante de nosotros con el semblante serio. Los conocimientos de español de mi compañero nos permitieron darnos cuenta inmediatamente de lo peligrosa que era nuestra situación.

La casa que habíamos elegido como la más apropiada para nuestros propósitos resultó pertenecer al cura de la parroquia, un tipo que, como todos sus colegas en esos días de incertidumbre, no había ni mucho menos predicado entre su rebaño, ni por medio de la palabra ni por medio del ejemplo, los caminos de la paz.

Los curas españoles, feroces en la defensa de una religión que les proporcionaba una ilimitada influencia sobre unas gentes crédulas y supersticiosas, fueron los primeros en enarbolar la bandera de la guerra y en lanzar a sus devotos seguidores a la venganza contra los expoliadores de su país.

La mera presencia de un francés resultaba una abominación a los ojos de los españoles, así que, en cuanto nuestro anfitrión vio el repugnante color azul de nuestros uniformes, se apresuró a anunciar a sus paisanos que éramos prisioneros, sin sospechar ni siquiera la posibilidad de que unos oficiales ingleses fueran uniformados con una casaca de otro color que no fuera el bien conocido y fácilmente reconocible color de las casacas rojas. Mi compañero intentó en vano aclarar nuestra identidad y la importancia de nuestra misión. Lo único que obtuvimos como respuesta fue una salvaje y exultante sonrisa por parte de todos y cada uno de los presentes. Nosotros no nos reímos, claro está, cuando el Padre concluyó un exaltado y agitado discurso sobre los males de España, condenándonos a la horca como enemigos de sus hijos y de su suelo patrio.

Unos «vivas» gritados a todo pulmón mostraron su acuerdo con la condena, y el Padre (sic) dio instrucciones a un tipo de aspecto deleznable de colgarnos en un árbol situado en una altura sobre el Águeda, de tal



Alegoría de la alianza hispano-británica.

forma que nuestros cadáveres resultaran visibles para nuestros supuestos compatriotas franceses y les advirtieran de lo que les iba a ocurrir si seguían su avance.

Finalmente, Henegan y su compañero se salvaron de milagro, y eso gracias a que el cura de Sexmiro sabía leer:

Una carta cayó al suelo. El Padre (sic) se lanzó a por ella convencido de que contenía valiosísima información al respecto de los planes enemigos, y se retiró hacia la lámpara para poderla leer. Nuestros desesperados ojos no podían esperar más que una mirada despiadada por parte del ávido lector. Sus sombríos seguidores se agruparon en torno a él, ansiosos por conocer la valiosa información que la carta supuestamente contenía; de repente, un «Santa María» (sic) salió de la boca del Padre. Sus ojos se dilataron, se levantó despacio y se dirigió hacia nosotros, y antes de que tuviéramos tiempo de preguntarnos qué estaba pasando, contemplamos atónitos cómo aquel que hacía un momento nos había condenado a la

horca nos abrazaba con un ardor imposible de describir, al tiempo que nos sentíamos mareados por la peste a ajo y a tabaco que expelía el sorprendido grupo.

«Amigos míos», exclamó el Padre, «en verdad se trata de oficiales ingleses, y además conocidos de mi reverenciado y fiel amigo don Francisco.» Sus siguientes palabras resolvieron el misterio del repentino cambio de ánimo hacia nuestras personas, y fueron la prueba de que los asuntos más graves se pueden resolver gracias a una insignificancia. El oficial que me acompañaba había sido enviado a Ciudad Rodrigo con la misión de reunir suministros para las tropas que se disponían a cruzar la frontera; durante ese tiempo estuvo alojado en la casa de un hidalgo acomodado, del que se hizo muy amigo. El día en que comenzaron los rumores de que los franceses se acercaban, este noble había abandonado la ciudad, habiendo dejado previamente, en la habitación de su nuevo amigo, un par de pistolas ricamente ornamentadas acompañadas de una carta rogándole que las aceptara como muestra de su estima y de su consideración. Con los nervios, esta carta había quedado olvidada en el bolsillo de mi camarada hasta que, por fortuna, cayó al suelo accidentalmente.

Gracias a esta misiva conservamos la vida y además disfrutamos de una excelente cena a base de una bien condimentada olla y un buen pellejo de vino, en el que ahogamos el recuerdo del miedo que habíamos pasado<sup>6</sup>.

Otras veces los soldados británicos no fueron víctimas inocentes, como estos dos pobres oficiales, sino más bien aplicados aprendices de la más genuina picaresca española, algo que no ha de resultar extraño, ya que una de las lecturas favoritas tanto entre las filas británicas como entre las francesas era la novela picaresca *Aventuras de Gil Blas de Santillana*, de Alano Renato Lesage. Entre las trapacerías propias de la soldadesca británica estaba el machacar los botones de sus uniformes con una piedra y hacerlos pasar por monedas entre los ignorantes campesinos españoles. También contamos con la anécdota del 9º regimiento de infantería (*Norkfolk Regiment*) que llevaba en la placa que adornaba sus chacós una efigie de la diosa Britania, que era confundida por los curas españoles con una representación de la Virgen María. Esto les llevaba a pensar que se trataba de un regimiento católico entre la masa de regimientos herejes y presbiterianos y, por esta razón, los curas animaban a sus paisanos a ofrecer a los soldados del *Norkfolk* los mejores vinos y viandas. Huelga decir que estos pícaros ingleses nunca se preocuparon de aclarar el equívoco que les permitía tener tamaña ventaja sobre los camaradas de otros regimientos,

<sup>6</sup> *Ibidem*.

que los terminaron apodando *The Holy Boys* (Los Chicos Santos) por el extremado aprecio que sentían por ellos los curas y los fieles católicos.

El *kilt* de los soldados escoceses también sirvió para que los británicos se pasaran muy buenos ratos a costa de la ignorancia española sobre esta prenda:

*La gente se mostraba atónica al ver la novedad de tal atuendo, y querían saber a qué nación pertenecían sus portadores. Los soldados del regimiento 71.º, que, al haber luchado en Sudamérica, poseían cierto dominio de la lengua española, contaron a los crédulos nativos que el regimiento 92.º estaba formado por un atajo de cobardes y felones que habían sido condenados a llevar esa falda como emblema de su desgracia. Los españoles se mostraron indignados con el gobierno británico por haber enviado a tal banda de ladrones a su país. De hecho, la broma llegó a creerse de tal modo que el alcalde de la ciudad se negó a proveernos de raciones<sup>7</sup>.*

Y luego, cómo no, estaban los malentendidos fruto de cierta homofonía entre algunas palabras del inglés y del español, como por ejemplo ése que se produjo cuando el coronel escocés Philip Cameron contó en una fiesta celebrada con sus aliados que los soldados de su regimiento, el 79.º, eran apodados *The Camerons*. Entre el auditorio español y portugués nadie entendió por qué se apodaba «los camarones» a unos tipos tan grandotes y agueridos<sup>8</sup>. El coronel Cameron se quedó para siempre en la tierra de Ciudad Rodrigo, puesto que murió el 13 de mayo de 1811 a consecuencia de las heridas sufridas en la batalla de Fuentes de Oñoro. No sabemos dónde descansa este bravo escocés, pero es seguro que sus restos no se encuentran dentro del recinto de un cementerio o de una iglesia, ya que, según nos cuentan por esa época los libros de defunciones de las distintas parroquias de la provincia de Salamanca, los curas españoles se negaban terminantemente a enterrar a un protestante anglicano, por muy aliado que fuera, en un espacio reservado para los católicos:

*Julian Welley, marido de Catherine Welley. Irlandés oficial empleado en el ejército británico. No se le dieron los sacramentos porque su estado no lo permitía, pero luego se halló que era católico romano apostólico y se le dio sepultura eclesiástica<sup>9</sup>.*

<sup>7</sup> DONALDSON, Joseph, (1838) *Recollections of the Eventful Life of a Soldier*.

<sup>8</sup> HENEGAN, Richard D., (2005).

<sup>9</sup> Libro de Difuntos 420/16 de la parroquia de San Julián de Salamanca: 23 de septiembre de 1813.



*La Batalla de Salamanca, 22 de julio de 1812.*

Entre esos soldados extranjeros que pasaron por Ciudad Rodrigo en 1808 se encontraba el oficial de suministros August Schaumann, un alemán que no se llevó muy buena impresión del carácter y las costumbres de los habitantes de la comarca de Ciudad Rodrigo:

*El 22 continuamos de nuevo a través de desfiladeros y bosques, vía Aldeia da Ponte, donde acaba el territorio portugués, hasta Fuenteguinaldo, la primera aldea española. En el momento en el que cruzamos la frontera, notamos con sorpresa cómo se había producido un cambio repentino en el lenguaje y en el aspecto de los nativos. En el lado español las casas se mantienen extremadamente limpias, y muestran un grado de confortabilidad que frecuentemente falta en Inglaterra. Los habitantes visten un traje regional que es al mismo tiempo llamativo y pintoresco, aunque solo se usa desde la frontera hasta Salamanca, y en alguna parte del reino de León. Al entrar en Fuenteguinaldo pude admirar la iglesia, que nada tiene que envidiar a las iglesias de*

*una ciudad. La plaza de la iglesia estaba llena de gente que, como era día de fiesta, vestía sus mejores galas y se divertía con todo tipo de juegos [...]*

*Mi repentina aparición atrajo mucha gente, que me rodeó al tiempo que me preguntaba y gritaba en contestación a mi pregunta «Adonde sta el alcalde?» (sic). Apareció el alcalde y me llevó a su casa. Me proporcionó alojamiento en casa de una viuda (una mujer oronda, de mejillas sonrosadas y aspecto hosco) que me mostró un pequeño y agradable cuarto, y que después no se volvió a preocupar de mí. ¡Qué diferencia entre los amigables y hospitalarios portugueses y estos desatentos españoles! Todo el mundo aquí es grave, monosilábico y hosco; nadie preguntó si quería algo de beber o de comer. Por fin, y a duras penas, conseguí algo, aunque tras previo pago [...]*

*Por la tarde se reunieron junto al fuego varias de las personas importantes de la aldea, entre las que se encontraba un señor mayor que llevaba polainas, un abrigo azul con botones de cobre tan grandes como platos y una red negra de seda en el pelo, y que me llamó especialmente la atención por su nariz de loro. También había un*

alemán que vino a darme conversación. Había vivido aquí durante algún tiempo, estaba casado y tenía una preciosa hija. Se comportaba exactamente como un campesino español, pero se alegró de encontrarse con un compatriota. Todos los vecinos se sentaron alrededor del fuego, graves y solemnes, y, de vez en cuando, uno de ellos despegaba los labios para hablar de política. Fumaban cigarrillos todo el tiempo, que liaban y encendían con habilidad especial, y el hombre que los liaba los pasaba alrededor tras una o dos caladas. Todo esto me hizo sentir incómodo; nadie se preocupaba ni de mí ni de mis necesidades, así que me fui a la cama.

El regimiento marchó a la mañana siguiente. El 23 marché de nuevo por un monte arbolado, y luego por una gran llanura hasta unas colinas de arena, desde donde pude ver las blancas torres de Ciudad Rodrigo, situada al borde de otra gran llanura. Por la tarde llegué al hermoso puente de siete arcos que cruza el río Agueda, en cuyas orillas se asienta la orgullosa e imponente ciudad, construida sobre sólida roca. Una elevada torre, construida en piedra, con troneras y matacanes góticos, está situada en la otra parte del puente, formando un contrafuerte con las murallas de la ciudad. El camino serpentea durante un corto trecho alrededor de esta muralla y se entra en la ciudad a través de una puerta coronada por una torre. Las calles parecen más limpias que las de las ciudades portuguesas, pero las casas y las iglesias tienen un aspecto sombrío, y los pesados barrotes de hierro colocados en las ventanas contribuyen no poco a ese efecto. Resumiendo, el lugar lleva el sello de un cierto esplendor oriental o bárbaro que no me hizo sentir demasiado cómodo.

Mis obligaciones me hicieron ir de un lado para otro, y me dieron la oportunidad de ver la ciudad. Las calles son generalmente estrechas y no tienen aceras, pero están limpias y bien pavimentadas. [...]

El mercado de carne es repugnante, y muestra cuánta barbarie hay que desarraigar en este país antes de que pueda hacer creer que está totalmente civilizado. El carnicero se coloca en una especie de tarima de unos dos metros, y cuando ha cortado, de la forma más basta, la carne del animal en libras y medias libras, la lanza a la cesta del comprador, que, aunque frecuentemente tiene la habilidad suficiente para cogerla, muchas veces no lo consigue y el pedazo cae y termina rodando por la calle. Toda la carne parece proceder de animales que han muerto de muerte natural, y los carniceros se parecen al escita que, por orden de Apolo, desolló vivo al pobre Marsías, o al verdugo representado en las obras maestras del Españolito o Murillo, que practicó la misma operación en el pobre Bartolomé<sup>10</sup>.

Y mucho peor impresión se llevó el mayor Patterson, del regimiento 50.º:

La mayoría de los veteranos que siguieron esa ruta recordarán, con sentimientos de gran estima, las numerosas muestras de generosidad por parte de sus patrones. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de Ciudad Rodrigo, porque nunca se ha visto gente más traidora que los habitantes de esa ciudad, muchos de los cuales, teniendo sus intereses del lado de los franceses y corrompidos por sus espías, muestran signos de traición a la menor ocasión en la que los ingleses llegáramos a las puertas de la fortaleza. Pero un ejemplo de esta traición entre compatriotas fue castigado de manera extrema. Un noble español sospechoso de tal conducta y de perjudicar los intereses de la ciudad, o quizá que resultaba detestable al poder civil, fue condenado a una muerte cruel. Tras ser estrangulado, su cadáver fue cortado en cuatro pedazos que, colgados en ganchos, se exhibieron en las cuatro esquinas de la fortaleza; y mientras los miembros mutilados del marqués colgaban de esta manera, como carnaza para los buitres y blanqueados por el viento, no hubo ni uno solo de entre la sanguinaria multitud que mostrara la más mínima conmiseración hacia el destino del pobre noble.

Todos nos quedamos horrorizados ante tal visión, que nos dio una idea muy clara al respecto de cómo eran el carácter y las costumbres de estas gentes. Esto bastó para que llegásemos a detestar tanto a esta gente que todos nos mostramos encantados de largarnos de allí y no derramamos ni una sola lágrima cuando la ciudad cayó bajo el fuego de los cañones de Wellington tres años después<sup>11</sup>.

Los soldados británicos que pasaron por Ciudad Rodrigo en el año 1808 no tardaron mucho tiempo en abandonar la comarca camino de Salamanca y luego en retirada hacia Astorga, perseguidos por un ejército francés al mando del mismísimo Napoleón, para terminar embarcándose en La Coruña rumbo a su patria. La primera campaña de la Guerra Peninsular en territorio español había resultado un estrepitoso fracaso tanto por lo que se refiere a las operaciones militares como al grado de entendimiento entre británicos y nativos. Los españoles se habían quedado solos y albergaban muy poca confianza hacia esos extraños aliados que les habían tocado en suerte.

A pesar de la retirada del general Moore, el gobierno británico retomó la campaña en la Península Ibérica. La supremacía marítima de los británicos garantizaba la presencia de una base permanente en Lisboa, a donde podían llegar los suministros procedentes de Inglaterra, así que

<sup>10</sup> SCHAUMANN, August, (1924) *On the Road with Wellington*. William Heinemann LTD.

<sup>11</sup> «Leaves from the Journal of a Veteran by Major Patterson» (*Peninsular Sketches by Actors on the Scene*, p.32. Edited by H. Maxwell, Eq. Military Press, 2002).

Arthur Wellesley retornó a Portugal en abril de 1809 al mando de un nuevo ejército expedicionario británico. En esta ocasión se iba a ver auxiliado por el ejército portugués, reorganizado por los británicos bajo la batuta del mariscal Beresford. Esa primavera de 1809 los franceses lanzaron desde Galicia la que sería su segunda invasión de Portugal, que Wellesley también supo abortar, esta vez cruzando el Duero y derrotando al mariscal Soult en Oporto. Tras esa victoria en territorio luso, Wellesley avanzó hacia la frontera para ofrecer su colaboración a los ejércitos españoles. La campaña que siguió tuvo su punto culminante en la batalla de Talavera (28 de julio de 1809), cuyo resultado fue una victoria británica tras una dura y sangrienta lucha. Pero el resultado más trascendente de esta campaña fue la constatación de que, dadas las visiones contrapuestas sobre el conflicto, españoles y británicos no iban a poder ponerse de acuerdo al respecto de las operaciones a llevar a cabo. Así las cosas, Wellesley decidió que lo más prudente era retirarse con su ejército hacia la seguridad que le ofrecía el territorio portugués y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, que vinieron, como se temía, marcados por las estrepitosas derrotas de los ejércitos españoles en distintos frentes<sup>12</sup>. La tercera invasión francesa de Portugal parecía inminente, y el recién nombrado vizconde de Wellington<sup>13</sup> se aprestaba a cumplir la orden de su gobierno: mantener a toda costa en manos británicas la península de Lisboa, sin importar lo que les ocurriera a los aliados españoles.

Ciudad Rodrigo iba a ser el primer obstáculo que el ejército francés comandado por el mariscal Masséna tendría que salvar en su nueva campaña de invasión del reino luso. Miles de kilos de alimentos y de equipamiento destinados a la guarnición mirobrigense llegaron procedentes de Inglaterra. A pesar de las dificultades económicas que sufría el ejército de Wellington en Portugal, el gobierno británico se mostró extremadamente generoso a la hora de facilitar ayuda a los aliados españoles en forma de vituallas, armas, zapatos, tela o cantimploras. Pero arriesgarse a la destrucción del ejército británico por intentar levantar el

<sup>12</sup> Distintos ejércitos españoles fueron derrotados en la segunda mitad de 1809 en las batallas de Almonacid (11 de agosto), Ocaña (18 de noviembre) y Alba de Tormes (28 de noviembre). Entre tanta derrota un ejército español comandado por el duque del Parque obtuvo una victoria en Tamames el 18 de octubre.

<sup>13</sup> Wellesley recibió los títulos de barón de Duero y vizconde de Talavera y Wellington el 26 de agosto de 1809.



*La muerte del coronel escocés Philip Cameron en la Batalla de Fuentes de Oñoro.*

sitio de Ciudad Rodrigo, que se había iniciado en abril de 1810, era harina de otro costal.

La División Ligera británica tenía su cuartel general en el pueblo de Gallegos de Argañán, muy cerca de la fortaleza sitiada, y su general, Robert Craufurd, confiaba en que Wellington le diera órdenes de auxiliar a los aliados españoles<sup>14</sup>. El mayor George Simmons, de la Brigada de Rifles, integrada en esa División, nos habla en su diario de la reacción de los españoles ante la, para ellos, incomprensible inacción de los británicos durante el tiempo que duró el sitio de Ciudad Rodrigo:

*Los españoles están asombrados de que permanezcamos inactivos, según dicen ellos, y de que permitamos a los franceses sitiar su ciudad, y, por tanto, no tienen muy buena opinión al respecto de nuestro valor. Las muchachas con las que bromeamos y hablamos no tienen escrúpulos en llamarnos cobardes, y dicen que, si peleáramos tan bien como comemos y bebemos vino, seríamos unos buenos muchachos. Estas observaciones son muy*

<sup>14</sup> El general Craufurd, guiado por Julián Sánchez «El Charro», llegó a entrar en la fortaleza sitiada para entrevistarse con el general Pérez de Herrasti y prometerle el auxilio británico.

*mortificantes, y la gente que no está familiarizada con los movimientos militares puede imaginar fácilmente que no atacamos al enemigo por miedo. Sabemos que sería imposible dar la menor asistencia a los sitiados, al constituir nuestra unidad una mera posición adelantada de nuestro ejército en misión de observación. A menudo me apena que no podamos ser de utilidad alguna en este lugar. Desde nuestros puestos avanzados podemos ver los cañones enemigos disparando sobre la ciudad y a la guarnición devolviendo el fuego. Aunque la fortaleza está completamente cercada, un jefe guerrillero llamado Julián Sánchez y su asistente, un sudamericano, atraviesan frecuentemente las líneas y hacen llegar al gobernador mensajes de nuestro general, recibiendo contestación por la misma vía. Poseen una resuelta bravura y conocen cada sendero que recorre estos parajes [...]*<sup>15</sup>

Ciudad Rodrigo capituló el 10 de julio de 1810 y Almeida un mes y medio después, el 27 de agosto. Wellington ya no tenían nada que hacer en la frontera, salvo arriesgarse a sufrir una derrota en una batalla campal, así que se retiró con su ejército hasta las Líneas de Torres Vedras, punto donde llegó a su fin la tercera invasión francesa de Portugal. El mariscal Masséna intentó el bloqueo de las Líneas durante casi cinco meses, a la espera de que le llegase ayuda proveniente de los otros ejércitos franceses que operaban en España. Pero el auxilio nunca llegó, y hacia el mes de febrero de 1811, quinientos soldados de *La Armée de Portugal* morían de hambre cada día. Al final, Masséna se vio forzado a retirarse hasta Ciudad Rodrigo con los anglo-portugueses pisándole los talones. El gato se había transformado en el ratón y el ratón en el gato.

El 3 de mayo de 1811 los franceses cruzaron de nuevo el río Águeda y se desplegaron en el terreno que se extiende desde Ciudad Rodrigo hasta la frontera con el reino luso. Frente a esta fuerza estaba el ejército aliado, posicionado a lo largo del río Coa. El caserío de Fuentes de Oñoro quedaba frente a él. Wellington había elegido un terreno favorable para entablar batalla y Masséna, imprudentemente, lanzó un ataque frontal contra la posición enemiga.

William Grattan, del Regimiento 88º británico (*Connaught Rangers*) nos cuenta en su diario cómo discurrieron los combates en las calles de Fuentes de Oñoro:

<sup>15</sup> SIMMONS, George, (1899) *A British Rifleman. The Journals and Correspondence of Major George Simmons during the Peninsular War and the Campaign of Waterloo*. London, A&C Black, Soho Square.

*Acababa de amanecer cuando el rugido de la artillería y el crepitar de la fusilería anunciaron los ataques sobre Fuentes de Oñoro y Poço Velho. Cinco mil hombres se encontraban apostados en la primera de estas poblaciones, así que parecía seguro que se iba a librar un desesperado combate cuerpo a cuerpo y bayoneta en mano. El general Montbrun, al mando de la caballería francesa, lanzó un vigoroso ataque sobre la derecha de nuestro ejército, pero éste fue rechazado con firmeza por nuestra 7.ª División, que, aunque luchó desplegada en línea, rechazó todos los intentos franceses por romper su formación y obligó a retirarse a la caballería francesa. Nuestras tropas ligeras, desplegadas frente a nuestras divisiones 1.ª y 3.ª, sufrieron la carga de la caballería enemiga, pero, por medio de maniobras perfectamente ejecutadas, lograron finalmente rechazar el ataque, del mismo modo que había ocurrido en la derecha de nuestro despliegue. El oficial al mando de esta posición avanzada, ya fuera porque se sintiera espoleado por la reciente victoria o quizá minusvalorando la capacidad combativa de los franceses, dio la desafortunada orden de extender la posición mucho más allá de lo que la prudencia aconsejaba, cometiendo un error que tendría fatales consecuencias.*

*El enemigo, aun habiendo fracasado en su ataque principal, era digno de temer, y viendo que no tenía ninguna posibilidad ante nuestra posición principal, redobló sus ataques sobre nuestras posiciones destacadas. Cargaron contra nuestras tropas más expuestas. La corneta ordenó la retirada, pero no sé si hacia el centro, hacia la derecha o hacia la izquierda; lo cierto es, sin embargo, que los hombres intentaron retirarse hacia la derecha, cuando hacerlo hacia el centro hubiera sido lo más recomendable, y, antes de que pudieran completar la maniobra, les alcanzó la caballería francesa.*

*Nuestra división se encontraba desplegada sobre un terreno que se elevaba sobre la llanura; una pequeña quebrada nos separaba de nuestros camaradas pero, aunque la distancia era corta, nos encontrábamos en realidad tan lejos de ellos como si estuviéramos desplegados sobre la Roca de Lisboa. Sentíamos mucho su situación, pero no podíamos ayudarles, y vimos cómo se los llevaban por delante y cómo los cosían a sablazos, mientras nosotros nos veíamos incapaces de ayudarles o de disparar una sola descarga de fusilería sobre el enemigo.*

*Nuestra caballería pesada y el 16.º de Dragones Ligeros llevaron a cabo varias cargas brillantes, en cada una de las cuales terminaron dispersando a la caballería francesa. Un oficial de nuestro estado mayor, que condujo uno de esos ataques, derribó de su montura y capturó prisionero al general La Motte, del 15.º de Cazadores a Caballo; en cambio, don Julián Sánchez, el caudillo guerrillero, demostró más valor que prudencia atacando con sus guerrillas a unos jinetes franceses de primera clase, así que el héroe español se vio pasando verdaderos apuros. Me da la impresión de que ésta era la primera vez que este tipo de tropas intentaba una carga sobre el enemigo en una batalla campal y confío, por su propio bien, que sea la última.*

Todas las sendas que llevaban a la población de Fuentes de Oñoro se vieron inundadas de tropas francesas. El pueblo estaba defendido por nuestros regimientos 71.º y 79.º de Highlanders, el 83.º, las compañías ligeras de las divisiones 1.ª y 3.ª y algunos batallones portugueses y alemanes apoyados por los regimientos británicos 24.º, 45.º, 74.º y 88.º, además del 9.º y el 21.º portugueses.

El Sexto Cuerpo, que formaba el centro del ejército francés, avanzó con la impetuosidad propia de esa nación y, atravesando las barricadas que se habían construido como defensa temporal, avanzaron como un torrente amenazando con llevarse por delante todo lo que se interpusiera en su camino. Cada calle y cada esquina de cada calle eran los escenarios dispuestos para los combatientes; se perdía y se ganaba cada pulgada de terreno. Dondequiera que obligáramos a retirarse al enemigo, aparecían tropas de refresco y nuevas arengas por parte de sus oficiales, y hacia el mediodía las calles del pueblo ofrecían un espectáculo terrible; nuestros Highlanders yacían muertos apilados, mientras que otros regimientos, a pesar de llevar uniformes menos llamativos, también sufrieron un enorme número de bajas. Los granaderos franceses, con sus enormes morriones de piel y sus plumas de color chillón, yacían en montones de veinte o treinta, algunos muertos, otros heridos y con apenas fuerzas para moverse; totalmente exhaustos e incapaces incluso de arrastrarse bajo el peso de su uniforme y equipo para resguardarse de la lluvia de metralla que sus camaradas dejaban caer sobre el caserío. Muchos perecieron de esta forma, y otros murieron en la lucha callejera.

Eran las doce y media, y aunque las tropas francesas que llevaban a cabo este ataque se habían visto reforzadas varias veces, las nuestras nunca recibieron auxilio alguno; sin embargo, la pugna por el dominio del pueblo todavía se mantenía viva. Masséna, consciente de la importancia de su posesión, y mortificado por la visión de la tenaz resistencia que oponíamos, ordenó a una columna de infantería del Noveno Cuerpo de ejército que todavía no había entrado en combate apoyar a sus camaradas. Tales ataques, constantemente renovados por el envío de nuevas unidades francesas, eran imposibles de rechazar. Se hizo todo lo posible para defender la posición, pero los esfuerzos, no importa lo grandes que sean, deben tener también sus límites. Nuestros soldados habían estado manteniendo esta lucha desigual durante más de ocho horas, el calor era abrasador y apenas nos quedaba munición. Los Highlanders se retiraron hacia la iglesia, situada en la parte alta del pueblo, y entraron en combate con los granaderos franceses entre las tumbas y los mausoleos, mientras el 9.º regimiento francés de infantería ligera avanzaba hasta la iglesia, situada a unas pocas yardas de nuestra posición, y se preparaba para avanzar sobre nuestro frente. Wallace y su regimiento 88.º estaban desplegados en la ladera opuesta del terreno que se elevaba por encima de la iglesia y estaba muy atento a los combates que se estaban librando bajo su posición cuando Sir Edward Pakenham galopó hacia

él y le dijo: —¿Ve eso, Wallace? — Sí, lo veo —replicó el coronel—, y preferiría desalojar a los franceses de este pueblo que tener que cubrir una retirada sobre el Coa. —Quizá —dijo Sir Edward— su excelencia considere que la posición no se puede mantener; Wallace respondió: —La tomaré con mi regimiento y la lograré mantener también. —¿Lo hará? —fue la respuesta; —Le diré a Lord Wellington que está dispuesto, mire, ahí viene. Al poco rato, Pakenham retornó a galope y, agitando su bicornio, gritó: —Dice que puede avanzar. Adelante, Wallace.

En ese momento apareció el general Mackinnon, que, colocándose al lado de Wallace y Pakenham, se dispuso a liderar el ataque del regimiento 88.º, que pronto cambió el curso de la batalla. Este batallón avanzó con las bayonetas caladas en columnas de secciones, la izquierda al frente, a paso ligero, con los fusiles amartillados. Cuando avanzaba por el camino que conducía a la iglesia, fue recibido con entusiasmo por las tropas que se encontraban apostadas en los muros de piedra a ambos lados del camino, pero los soldados no respondieron a este recibimiento. Se les había concedido un gran honor, y eran conscientes de ello; iban a luchar, no solamente bajo la atenta mirada de su ejército y su general, sino también bajo la mirada de cada soldado del ejército francés; pero aunque sus sentimientos eran del máximo entusiasmo, ni un solo «hurra» respondió a los gritos que animaban su avance. En las columnas nadie hablaba, los soldados avanzaban con un elegante paso ligero, como si estuvieran en un desfile, liderados por su bravo coronel. Y sucedió que el mando de la compañía que lideraba este ataque recayó sobre mí. Cuando entramos en el campo de visión del regimiento 9.º francés, que nos estaba esperando a cubierto en una de las esquinas del edificio de la iglesia, me giré para observar el avance de los hombres de mi compañía, que me aclamaron de tal forma que no lo he podido olvidar ni con el paso de los años, y creo que ése es el momento de mi vida en el que me he sentido más orgulloso. Los soldados no tenían el aspecto pálido propio de los hombres que se lanzan a un combate cuerpo a cuerpo, todo lo contrario: el paso ligero había avivado la expresión de sus rostros y eran la pura imagen de lo que debe ser un cuerpo de soldados elegidos para la gloria.

El enemigo no era un espectador pasivo de este movimiento; fue testigo de su inicio, y el ímpetu con el que se dirigía el avance les hacía temer lo peor. Una batería de a ocho libras avanzó a todo galope hasta un encinar situado al otro lado del río, confiando en que su fuego pudiera aniquilar al regimiento 88.º o, por lo menos, dificultar al máximo sus movimientos, pero este batallón continuó con su avance, al que se unieron sus exhaustos camaradas, y la batería no consiguió absolutamente nada.

Al llegar al pueblo, el 88.º regimiento fue recibido con obstinada resistencia por parte del 9.º regimiento francés, apoyado por un centenar de hombres de la Guardia Imperial, pero pronto entramos en combate cuerpo a cuerpo



Oficial del 10.º de húsares británicos.

junto a los bravos camaradas que llevaban luchando toda la mañana en las calles del pueblo y que habían obligado a retirarse al enemigo a punta de bayoneta hasta el río que separaba a los dos ejércitos. Algunos de nuestros hombres cayeron en el lado francés. Unos ciento cincuenta Granaderos de la Guardia, en su huída, bajaron por una calle en la que habíamos colocado una barricada el día anterior, y que era una de las pocas que se habían librado de la furia del asalto lanzado esa mañana; no les hizo ninguna gracia verse atrapados. Algunas veces se cometen errores de este tipo y, cuando se cometen, el resultado es fácil de imaginar; las tropas que avanzan hacia el asalto de un pueblo sin estar seguras de conseguir la victoria, o cegadas por la victoria, no tienen tiempo de deliberar al respecto de sus acciones, ya que todo ocurre en la mitad de tiempo que se necesitaría para deliberar. En este caso concreto, todos los soldados resultaron muertos; pero nuestros soldados, tan pronto como tuvieron tiempo disponible, tributaron al enemigo los honores que merecen los hombres valientes. Esta parte

del ataque fue liderada por el teniente George Johnston, del regimiento 88.<sup>o</sup><sup>16</sup>.

En la tarde del 5 de mayo de 1811 la lucha cesó en Fuentes de Oñoro y no se libró otra gran batalla en la comarca hasta que Wellington se dispuso a asediar la fortaleza de Ciudad Rodrigo en enero de 1812<sup>17</sup>. Ese periodo de relativa calma permitió a algunos soldados ingleses conocer un poco mejor a algunos personajes locales. Esto es lo que nos cuenta el corneta del regimiento 14.º de Dragones Ligeros Francis Hall al respecto del famoso Julián Sánchez «El Charro» y sus hombres:

[...] Después de comer sonó la alarma ante el avistamiento de un cuerpo de caballería que se dirigía hacia el pueblo. Desde el puesto de observación de la torre de la iglesia se pudo comprobar que era un destacamento de don Julián Sánchez, un aventurero que, de pastor, había llegado a cabo del ejército español y que gracias a esta guerra se había convertido en capitán de un cuerpo independiente que vivía de saquear a amigos y enemigos, pocas veces peleando, a no ser que fueran diez contra uno, pero que a menudo hacían un buen servicio para ellos mismos y para el país, interceptando destacamentos extraviados y convoyes de provisiones. Llegaron a Fuenteguinaldo con las largas patillas y el aspecto fiero propios de los filibusteros. Iban armados con lanzas y montados en cabalgaduras miserables, uniformados al estilo de los húsares, aunque más bien parecían vagabundos que húsares<sup>18</sup>.

Y el mismo Hall nos da una descripción que no tiene desperdicio de cómo eran en ese momento las relaciones entre los soldados británicos y las gentes de la comarca de Ciudad Rodrigo, aparte de mostrar uno de los escasos ejemplos de autocrítica contenidos en los diarios británicos:

[...] recuerdo que una mujer, en cuya casa paré durante un reconocimiento que llevé a cabo entre Ciudad Rodrigo y Salamanca antes de que ésta fuera tomada

<sup>16</sup> GRATTAN, William, (2003) *Adventures with the Connaught Rangers 1809-1814*. Greenhill Books.

<sup>17</sup> El 25 de septiembre de 1811, cuando el mariscal Marmont, sustituto de Masséna, inició una operación para acabar con el bloqueo al que Wellington estaba sometiendo a Ciudad Rodrigo, el general Watier luchó una pequeña escaramuza en El Carpio contra elementos de la 6.º división anglo-portuguesa y la brigada de caballería ligera de Anson: los franceses fueron rechazados. En El Bodón, la caballería de Marmont (al mando del general Montbrun) entró en combate con la 3.ª división de Picton y fue rechazada durante la retirada anglo-portuguesa (27 de septiembre).

<sup>18</sup> HALL, Francis, *Peninsular Recollections 1811-1812*, The Journal of the United Service Institution, año 1912, tomo LVI.

por nosotros, me preguntó: «—¿Cuándo vienen los ingleses?», y al contestarle «pronto» se echó a reír y dijo: «—Ah, como el doctor que llega cuando el paciente está muerto». Aunque los nativos de esta parte del reino de León probablemente comparten con sus compatriotas el desprecio por el dominio extranjero, sin embargo, al vivir en un territorio abierto e indefendible, se encuentran menos predispuestos a la acción guerrera, y se han adaptado a las circunstancias según pasara por sus tierras un ejército u otro. A este respecto los ingleses no les sacamos tanta ventaja a los franceses como hubiéramos deseado. Los franceses imponían algunas contribuciones, pero pagaban abundantemente por muchas cosas que nosotros no podíamos permitirnos el lujo de pagar tan bien; y tampoco nos quedábamos cortos a la hora del pillaje. «Los franceses se llevan todos nuestros cerdos grandes y los ingleses todos los pequeños», era el comentario habitual de una buena mujer, y nos da una idea de lo que estas gentes tenían que padecer. La conducta de ciertos individuos pertenecientes a nuestro ejército, algunos de los cuales, por su rango, deberían estar muy alejados de comportamientos tan ruines, dejaba mucho que desear. Recuerdo que en Villar de Ciervo se le prohibió la entrada en casa del cura a algunos de nuestros oficiales debido a que el general que había estado alojado allí la noche anterior había robado las sábanas. A veces, nuestros soldados se atrevían a besar a las hijas de sus anfitriones, lo que causaba cierta indignación, claro que menos por parte de las besadas que por parte de sus progenitores. Pero, en general, nuestras relaciones eran bastante amistosas. Se aficionaron a nuestros bailes populares y a las suculentas cenas que se solían hacer después. Los curas casi siempre se mostraron amistosos con nosotros, teniendo en cuenta que un régimen francés no les convenía en absoluto. Probablemente habrían oído que en Portugal los soldados de Masséna habían cogido del mismo árbol a un cura, un abogado y un boticario; por lo tanto, no contábamos únicamente con sus buenas palabras sino con sus buenos deseos también. Por lo general se trataba de individuos francos y joviales. Su fe era profundamente católica y, por eso, ni siquiera los más generosos de entre ellos podían darnos esperanza alguna de salvación, aunque nos enviaban a la condenación eterna en los términos más cordiales posibles. También había buenas razones para que nuestras disputas teológicas no fueran ni muy largas ni muy amargas. Éramos muy mediocres alumnos de español, peores dialécticos y totalmente ignorantes al respecto de las cuestiones divinas, mientras que ellos, fuera cual fuera nuestra suerte en el otro mundo, no tenían ninguna objeción al respecto de nuestros servicios y de la protección que les podíamos ofrecer en éste. Quizá, como soldado que soy, he dicho más en alabanza de los leoneses de lo que merecen, dada su escasa predisposición guerrera<sup>19</sup>.

Y, por supuesto, también hubo tiempo para que se dieran historias de amor como la del teniente

<sup>19</sup> *Ibidem*.

Schaumann y María Josefa, la hija del propietario de la Quinta del Águila, en el término de Espeja:

*El regimiento se dispuso a descansar durante varios días en Espeja, ya que necesitábamos recuperarnos de tantas fatigas [...] instalé mis aposentos en un caserío solitario llamado Quinta del Águila, que estaba situado detrás de un pinar. Estuve allí durante mucho tiempo; a menudo tuve que huir por la cercanía del enemigo, pero siempre terminaba volviendo. Mi estancia allí está vívidamente impresa en mi memoria debido a un romance que viví dentro de sus paredes [...] El caserío donde estaba alojado pertenecía a un rico labrador, Camilo Siego, que vivía allí con su familia. Tenía dos hijos y una hija muy guapa, Josefa. Unos pocos detalles que tuve con ella (entre otras cosas le regalé un buen par de tijeras inglesas y ella me dio un mechón de su cabello), me habían ganado su afecto. Para ser una chica española del campo era extraordinariamente culta, o al menos mostraba cierta inclinación por la cultura. A menudo hacía comparaciones entre los oficiales ingleses y sus propios compatriotas, y admiraba los buenos modales de los primeros en detrimento de las groseras, hoscas y repulsivas maneras de los últimos. —Son brutos (sic) —decía.*

*Cuando estaba en casa me sentaba normalmente a su lado, entendiéndola con historias sobre Inglaterra mi país nativo. Si iba al pozo que estaba delante de la casa a por agua, la acompañaba y le echaba una mano. Josefa era buena, llena de sentimiento, tierna, muy hermosa y, como todas las mujeres españolas, maravillosamente bien proporcionada. Su andar era como el de una reina. Su cuerpo respiraba vitalidad y buena salud. Su carácter era también como el de la mayoría de las mujeres españolas, porque era firme, emprendedora, apasionada y severa, pero también fiel. El pensar que un día tendría que casarse con uno de los brutos de sus compatriotas la acongojaba, y casi sin darnos cuenta nuestros corazones se unieron. La noticia de que la hermosa Josefa de Fuentes de Oñoro me amaba se conoció rápidamente por toda la comarca, y todos mis camaradas hablaban de ello y me envidiaban. ¡Fue un tiempo maravilloso! [...]»<sup>20</sup>*

Pero la historia no iba a acabar bien, y Josefa, de la Quinta del Águila, iba a convertirse en leyenda en la tierra de Ciudad Rodrigo<sup>21</sup>:

*Una mañana, mientras descansaba tumbado en mi colchón tras haber pasado una noche terrible con fiebre alta, alguien llamó a mi puerta.*

*—Entra usted (sic) —grité—, y un individuo bajito y sucio entró en mi habitación y me entregó una nota. La*

<sup>20</sup> SCHAUMANN, August, (1924) *On the Road with Wellington*. William Heinemann LTD.

<sup>21</sup> José Ramón Cid Cebrián, etnólogo mirobrigense, me ha asegurado que hace años escuchó de boca de un anciano de la comarca el romance de Josefa de Fuentes de Oñoro. Espero que algún día se pueda recuperar la letra de esta canción popular.



Lord Wellington entrando en Salamanca.

abrí mientras me preguntaba de quién podía ser, y vi que era de Josefa. Me informaba de que su padre quería casarla con un oficial de la guerrilla llamado Julián Sánchez, pero que ella nunca se entregaría a este salvaje y brutal rústico<sup>22</sup>. Solicitaba mi ayuda en su turbación. Yo era un caballero, un oficial británico, su amigo, y, como tal, no dudé en ayudar a una desamparada damisela en apuros. En el nombre de Jesús, en el de María y en el todos los santos imploraba mi ayuda. Atada a la cinta de color vivo que sellaba la carta había una pieza de seda bordada con una cruz y un corazón. Al principio me sentí un tanto desconcertado por el contenido de esta misiva, ya que su padre, el viejo Camilo, era un hombre altivo y orgulloso, y uno de los más respetados y ricos hombres de Fuentes de Oñoro... Además, sus hermanos eran unos muchachos jóvenes e impetuosos que, unidos al pretendiente, no mostrarían ningún reparo a

la hora de enviarme al otro mundo de un tiro. Por otro lado, la chica era guapa, muy interesante, buena y de un carácter irreprochable, así que, ¿quién podía hacer oídos sordos a su llamada de auxilio? Por lo tanto, le di al pequeño mensajero una nota con un par de líneas en las que me comprometía a ponerme a su servicio y a prestarle ayuda inmediata. Después llamé a mi jefe de arrieros, el zapatero Joaquín, un muchacho muy espabilado, y discutí el asunto con él.

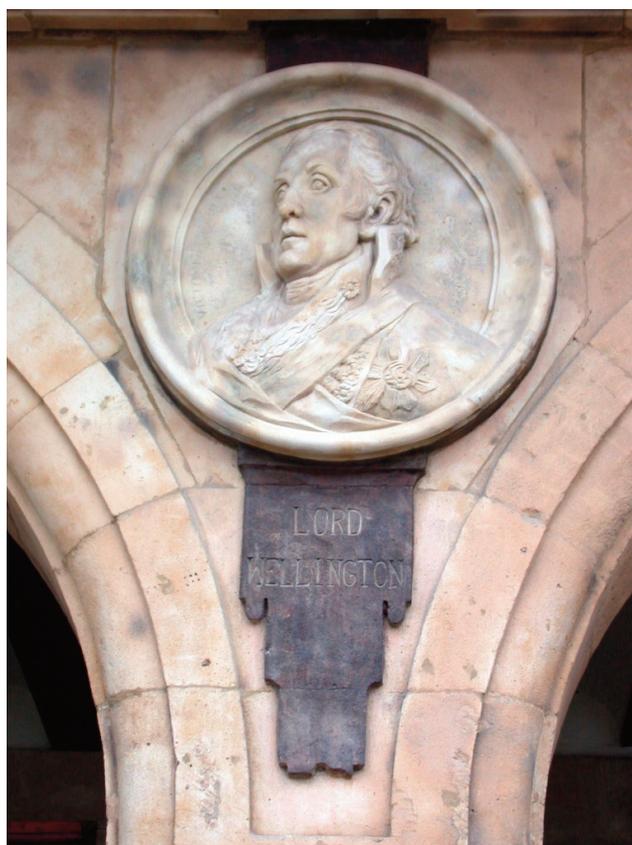
Como en la casa del viejo Camilo se cocía cada día una cierta cantidad de pan destinada al regimiento que tenía que ser transportado por las mulas a mi cargo, Joaquín tuvo así la oportunidad de entrevistarse con Josefa para advertirla de que, cada tarde, él mismo la esperaría hasta las once con dos mulas en el establo en ruinas que había enfrente de su casa. Dos veces volvió solo; la tercera vez estaba a punto de irme a dormir cuando oí el crujido del portón y el sonido de las mulas en el patio y después el tenue sonido de unos pies ligeros; Josefa voló hacia mis brazos. De esta manera concluyó el primer acto, con éxito, pero faltaba completar el segundo,

<sup>22</sup> Probablemente la querían casar con un oficial de la brigada de don Julián y no con don Julián, que no enviudó hasta 1816. (Nota del traductor)

en el que las cosas no iban a resultar tan sencillas. Josefa no se podía quedar conmigo, así que no podía perderse un minuto. Mientras ella comía algo, le escribí una carta a mi amigo Javier, el juez de paz de Cea, en Portugal, rogándole que se hiciera cargo de la joven dama y la tratara como si fuera de su familia, incluyendo dentro de la carta una pequeña cantidad de dinero que yo pensaba que cubriría los gastos de ropa y mantenimiento durante tres meses. Finalmente le pedí que mantuviera todo este asunto en secreto. Se ensillaron tres buenas mulas en completo silencio y se las condujo a la puerta de la quinta. Josefa, medio desmayada entre mis brazos, se envolvió en una gruesa capa y la ayudé a montar mientras la besaba en los labios. Me despedí de ella, del zapatero y de mi mozo de cuadra, que iban ambos armados hasta los dientes, y que me prometieron que cabalgarían sin parar durante toda la noche. Se marcharon. Al momento desaparecieron entre la penumbra del pinar que rodeaba la quinta, y así me separé de Josefa.

A la mañana siguiente, un grupo grande de personas formado por el viejo Camilo, sus hijos y vecinos entró en el patio. Montaban mulas con sillas altas moras, y llevaban las capas pardas atadas por delante. De cada una de las sillas de montar colgaba un fusil, y llevaban polainas y una sola espuela, en la bota izquierda. En los cinturones de cuero portaban cartucheras y cuchillos. Iban tocados con grandes sombreros redondos, casacas marrones y las típicas calzas de la zona. Uno de ellos portaba una lanza. El grupo de jinetes tenía un aire solemne indescriptible, pero además un tanto cómico, al estilo de Don Quijote. Tras desmontar, comenzaron a mirar por todo el patio y por las construcciones adyacentes. Por fin el viejo Camilo vino hacia mí y me dio a conocer el motivo de su visita, que no era otro que, como la quinta necesitaba una reforma general, había traído a unos peones para examinar todas las construcciones y decidir que se podía hacer. Me hice el inocente y alabé su iniciativa. Al no encontrar a Josefa y ver que me mostraba calmado se quedaron un tanto sorprendidos, y tras una breve deliberación montaron de nuevo en sus mulas. Pasaron unos cuantos días. El viejo Joaquín había vuelto de Cea y la carta de respuesta de don Javier estaba repleta de alabanzas hacia la hermosa Josefa. Todas las mujeres de Cea la habían agasajado y hasta le habían tomado las medidas para confeccionarle unos vestidos. Era feliz, se la trataba como a una hija y me mandaba muchos besos. Pero no iba a durar. El traidor estaba al acecho.

Una tarde, mientras tomaba el té tranquilamente con el señor Baldy, un edecán entró en el patio y me entregó una carta del intendente general Kennedy, que requería mi presencia de inmediato. Aquello me olió a gato encerrado y rogué al señor Baldy que me excusara ante nuestro superior por no poder atender a su llamada, ya que me encontraba con fiebre. El intendente general le interrogó minuciosamente y le presionó para que confesara si sabía a dónde había llevado a la hija del viejo Camilo. Al principio, Baldy fingió no saber nada del asunto,



Lord Wellington, único extranjero que figura en los medallones de la Plaza Mayor de Salamanca.

hasta que Kennedy sacó una carta mía dirigida a Josefa al tiempo que exclamaba: «—Dígale al señor Schumann que sabemos lo que ha hecho y que lord Wellington, que ha recibido una queja por parte del viejo Camilo, le ordena que informe a los padres del paradero de su hija y que, si no obedece sus órdenes, lo pagará muy caro».

Como no me quedaba otra que obedecer, mandé llamar al viejo Camilo, que acudió acompañado del cura del pueblo y del coronel O'Lawlor, un español de origen irlandés agregado al cuartel general y que ayudó a suavizar la situación. El viejo se veía muy afectado: «—¡Por mi alma! —gritó— ¡Ustedes los ingleses son gente extraña pero noble! Pero, señor intendente, cuando un hombre ama a una mujer no se la lleva, habla con sus padres. —Tiene usted toda la razón, señor Camilo —le contesté— sin embargo, se olvida de que yo no secuestre a su hija para casarme con ella, sino para protegerla. ¿Quién puede pensar en casarse en estos tiempos tan inciertos?.» Para concluir con este asunto, resumiré lo que ocurrió después. Tras su regreso, Josefa intentó escaparse dos veces para reunirse conmigo, pero en ambas ocasiones sus hermanos la persiguieron a caballo alcanzándola en el bosque que se extiende entre la Quinta y



Tropas de los Lanceros de Castilla retratadas por un oficial británico.

Fuentes de Oñoro, para luego devolverla a casa. Un año más tarde, siendo yo intendente del 18º de Húsares, me encontraba en los Pirineos, y allí coincidí con el intendente general Haden, que me contó que en el tiempo en el que él estuvo destinado en Vilar Formoso y yo en Alverca, Josefa acudió a él para saber de mi paradero y que, como no estaba al tanto de mi relación con ella, pensó que me haría un favor si mentía, así que le dijo que me habían destinado al centro de España, pero que no sabía exactamente a dónde. Por lo visto, Josefa se marchó hecha un mar de lágrimas. Poco después, a los pies de los Pirineos, me hicieron recordar de nuevo a la infeliz Josefa. Acabábamos de cruzar el Ebro y una fuerte tromba de agua me obligó a buscar refugio en una casa abandonada que se encontraba al borde del camino y que estaba ocupada por algunos de nuestros hombres. En la cocina había tres o cuatro campesinas españolas sentadas alrededor del fuego que me saludaron como a un conocido nada más verme. Sorprendido, les pregunté de dónde eran, «de Fuentes de Oñoro», contestaron. Se habían casado con soldados británicos que, como yo, habían estado destinados allí. Inmediatamente pregunté

por Josefa. «—¡Oh, ella! —replicaron. —Casi todos los días va a la Quinta del Águila, señor intendente, en busca de usted, y se sienta en una piedra durante días, negándose a comer y mirando fijamente a la ventana de su antiguo cuarto de estar, o se pasea por las habitaciones vacías de la abandonada casa de labranza, y le llama por su nombre... Sus padres la dejan hacer lo que quiera. Un estudiante de Salamanca que vino de vacaciones a Espeja escribió su historia en una balada, y sus versos se cantan al estilo de una canción popular por toda la comarca». Las chicas me cantaron la canción. No me avergüenza confesar que, mientras las escuchaba, algunas lágrimas corrieron por mi mejilla. En un momento dado, ya no me vi capaz de seguir escuchando aquella historia y me fui, embargado por la tristeza. ¡Pobre Josefa!<sup>23</sup>

A finales del año 1811, Wellington, que recibía información precisa por medio de la red de espías establecida en Salamanca, supo que los franceses estaban retirando sus mejores tropas de España para llevarlas a la campaña de Rusia. Entonces decidió que ésa era una ocasión propicia para dar un buen golpe de mano: cruzó la frontera el 6 de enero de 1812 e instaló su cuartel general en Gallegos de Argañán ese mismo día. Antes de que un testigo nos cuente el horror que se iba a vivir en el asalto a Ciudad Rodrigo, vamos a ver cómo pasaban el tiempo las tropas que ya llevaban días acantonadas en pueblos de la comarca:

El día de Año Nuevo de 1812 trajo nieve y hielo en abundancia, lo que nos indujo a unos cuantos a pedir unos días de permiso y, escopeta en mano, ir de excursión el 3 de enero a Robledillo, una aldea grande en uno de los más remotos y más profundos valles de la Sierra de Gata, donde vive una familia española a la que habíamos conocido el otoño anterior en la otra parte de los montes. [...]

El viejo caballero, su esposa e hijas nos recibieron amablemente y nos consiguieron alojamiento en la aldea. Llamaron a sus paisanos y, habiendo reunido a las bellezas del lugar y a un par de violinistas, bailamos por duetos, tríos, coros y solos melodías de todas clases, tanto españolas como irlandesas, escocesas o inglesas. Algunos curas jóvenes, luciendo coronillas, estaban entre el grupo invitado a acompañar a las damas a nuestra fiesta, y resultaba evidente que aquellos muchachos estaban muy molestos por la preferencia que las señoras mostraban hacia los heréticos ingleses. Tampoco intentaron disimular sus sentimientos. Me tomo la libertad de confesar que nunca he sentido especial predilección por esa clase ociosa y vagabunda, y no era el único que pensaba de ese

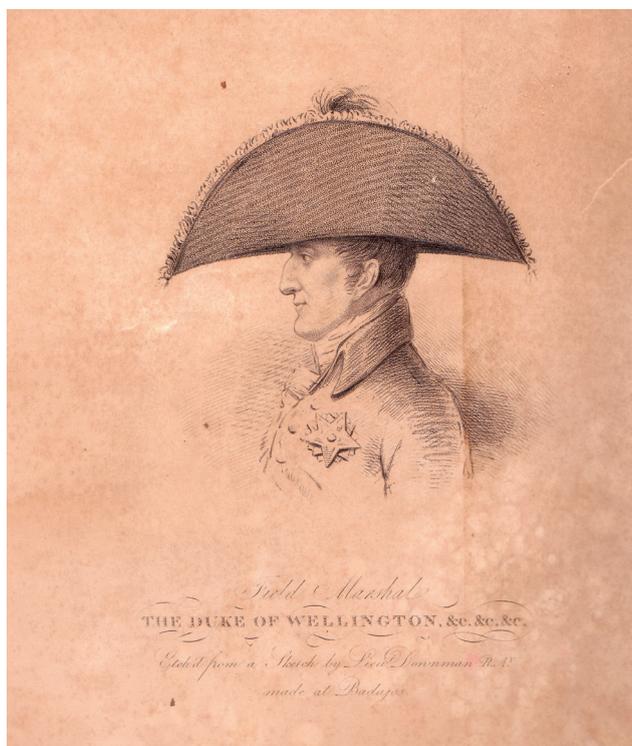
<sup>23</sup> SCHAUMANN, August, (1924) *On the Road with Wellington*. William Heinemann LTD.

modo, ya que mis compañeros estaban dispuestos a unirse a cualquier broma o travesura que se propusiera como justo castigo a su descortés conducta. Cuando se acabaron las diversiones de la noche y nos dispusimos a escoltar a nuestras parejas a sus hogares, todavía nos encontramos con algunos de esos clérigos dando vueltas por la calle con faroles en las manos. No lo pensamos dos veces y nos pusimos a lanzarles una oleada de bolas de nieve que hizo añicos sus faroles y que los empapó de la cabeza a los pies, hasta un punto en que aquello resultó mucho más que una broma. Oímos sus maldiciones y sus insultos contra los ingleses herejes desvanecerse mientras escapaban para cobijarse en sus respectivas moradas<sup>24</sup>.

Tras darle esta lección a esos clérigos metomentodo los soldados británicos tendrían que prestar otro servicio menos agradable a los españoles: la reconquista de la plaza de Ciudad Rodrigo, perdida en julio de 1810. El asedio aliado duró mucho menos que el francés, tan solo diez días, y en la noche del 19 al 20 de enero de 1812 la soldadesca de Wellington y los habitantes de Ciudad Rodrigo se encontrarían en el infierno antes del amanecer.

Los soldados de la guarnición que escaparon a la muerte fueron hechos prisioneros, y una vez que se colocó la guardia necesaria y todo estaba seguro, las tropas que no estaban de servicio comenzaron la diligente búsqueda de aquellos artículos que más les apetecían, cuya posesión creían merecer por derecho de conquista. Creo que tras el asalto a las murallas de una fortaleza existe el reconocimiento implícito de ese derecho. Sea como sea, el caso es que gran cantidad de objetos cambiaron de propietario en la noche del 19 de enero de 1812. A última hora la conducta de los soldados se transformó totalmente. Hasta entonces todo había sido orden y disciplina, pero desde ese momento todo se tornó desenfreno y confusión. La subordinación ya no existía, sustituida por el pillaje y el derramamiento de sangre, y más de un oficial se vio obligado a desenvainar su sable esa noche.

Las puertas de las casas de un pueblo español son notables por su solidez, y se asemejan mucho a la puertas de una prisión. Sus cerraduras son de enormes dimensiones y resulta muy difícil forzarlas. El método adoptado por los hombres de mi regimiento ante este dilema fue tan efectivo como novedoso. Se colocaban los cañones de un par de fusiles a cada lado del ojo de la cerradura, mientras un tercer soldado, cumpliendo las funciones de un oficial, daba la orden: «¡Preparados, listos, fuego!», y en unos instantes la sólida derradura cedía ante la operación combinada de los tres individuos, y puertas que raramente se abrían a la llamada de un extraño en Ciudad Rodrigo, ahora saltaban de sus goznes para recibir a los rangers de Connaught. Las igle-



Lord Wellington, comandante en jefe del ejército aliado hispano-anglo-portugués.

sias y conventos fueron las primeras presas, y allí se encontró una herramienta esencial: los velones de cera. Los soldados los encendieron e iniciaron su camino en busca de botín. El resplandor de las luces iluminaba las caras de los soldados según recorrían las calles, mostrando unos semblantes que aterrorizarían a los desafortunados habitantes de la ciudad. Muchos de los soldados tenían la cara chamuscada por la explosión del polvorín de la brecha grande, otros tenían los labios ennegrecidos de morder los cartuchos, muchos estaban cubiertos de sangre y todos tenían miradas feroces, presentando un cuadro que espantaría al más valiente.

Se dieron escenas del mayor atropello, y daba pena ver a los habitantes de la ciudad medio desnudos en plena calle, las mujeres abrazándose a los oficiales ingleses para que las protegieran de la soldadesca, mientras sus casas eran sometidas al más riguroso registro. Algunos soldados se dirigieron a las bodegas, donde, tras hartarse a beber, salían en busca de más botín. Otros muchos estaban tan borrachos que yacían por toda la ciudad, perdiendo todo lo que habían saqueado, ya fuera a manos de algún español que también buscaba su oportunidad o bien a manos de sus camaradas, quienes en la ronda de inspección reconocían a algún soldado que yacía envuelto en una docena de vestidos de seda, o algo parecido. Era asombroso ver cómo nuestros muchachos atravesaban la ciudad y localizaban las tiendas y los almacenes. A un extraño podría haberle parecido que

<sup>24</sup> LEACH, Jonathan, (2008) *Men of the Rifles*. Leonaur Books.



Lord Wellington y su ejército cruzando el Bidasoa y entrando en Francia, 1813.

eran nativos del lugar, y no fue hasta la mañana siguiente cuando descubrí la causa de lo que antes me parecía incomprendible. En una campaña en un país extraño, nada hay más útil que un buen guía. Lord Wellington era muy consciente de este hecho, así que supongo que sus soldados decidieron seguir esta misma táctica. Cada grupo de saqueadores iba precedido de un español que, una vez conocidas las preferencias de sus patrones, les conducía al lugar más apropiado. De este modo las casas fueron desvalijadas de manera muy efectiva. Dado el estado de embriaguez de la mayoría de nuestros soldados, Ciudad Rodrigo no habría podido ser aligerada de todo lo superfluo de manera tan diligente de no haber sido por la colaboración de los guías nativos. De hecho, éstos no se limitaron a ser espectadores pasivos y también se llevaron un buen botín extraído de las casas de sus vecinos más ricos y gracias al pago generoso recibido de nuestros soldados. Muchos habitantes de la ciudad se encontraron por la mañana en una situación económica mucho mejor que la que disfrutaban el día anterior, así que al amanecer se veían tantas caras

alegres como tristes. Pero aunque la riqueza se repartió de manera mucho más equitativa en Ciudad Rodrigo, la ciudad también se vio enormemente empobrecida, ya que muchos objetos de valor terminaron destruidos [...]

Algunas casas se libraron del saqueo por la intervención de nuestros oficiales, ya que en varios casos las mujeres salieron corriendo a la calle y, agarrando a tres o cuatro de nosotros por el brazo nos obligaron a entrar en sus casas, y gracias a esa hospitalidad interesada salvaron su propiedad. Nos sirvieron una buena cena, y mientras afuera todo era ruido y rapiña, el ambiente dentro era bastante agradable<sup>25</sup>.

Huelgan los comentarios al respecto de este testimonio que nos muestra que, junto a la tan manida cuestión del mal comportamiento de las tropas británicas tras el asalto a una ciudad española, para

<sup>25</sup> GRATTAN, William, (2003) *Adventures with the Connaught Rangers 1809-1814*. Greenhill Books.

ser justos habría que tener también en cuenta el comportamiento cainita, insolidario y oportunista de algunos españoles en esa misma situación.

Tras la toma de Ciudad Rodrigo, Wellington cosecharía otras dos victorias más en Badajoz (6 de abril) y Salamanca (22 de julio) antes de su triunfal entrada en Madrid el 12 de agosto. Pero la campaña del año 1812 no iba a cerrar la Guerra Peninsular, ya que en noviembre los aliados se veían forzados de nuevo a retirarse hacia sus cuarteles de invierno en la frontera luso-española.

Harry Smith, oficial del 95° de Rifles, casado con Juana María de los Dolores de León, una española que siguió la estela del ejército aliado tras la toma de Badajoz, nos habla de una boda a la que asistió en Fuentes de Oñoro poco antes de que se iniciara la campaña de 1813, la que llevaría al ejército aliado hasta los Pirineos en persecución de los ejércitos franceses en retirada.

*Los habitantes de esta parte de España tienen costumbres, modales y vestimentas bastante peculiares y primitivos. Se les conoce como charros. El vestido de las mujeres es muy valioso, y una boda supera a cualquier otra celebración que yo haya visto jamás o que haya sido descrita por Bruce el Abisinio<sup>26</sup>. La fiesta duró tres días enteros. En una de las ceremonias en las que la novia es, desde luego, la «prima donna» (sic), sus parientes y amigos le hacen regalos, que ella recibe al tiempo que danza de manera grácil pero a la vez propia de aldeanos. Los regalos consisten en considerables sumas en oro, o en joyas de oro y plata de elaborada factura. Todos los parientes y amigos tienen que dar algo, o de otro modo se consideraría un desaire. Mi esposa, que aprendió a bailar a la manera de los nativos, entregó a la novia un doblón de la manera más grácil y elegante, para deleite de sus compatriotas, aunque, por el hecho de ser extremeña, era considerada como medio extranjera por estas criaturas primitivas pero generosas y hospitalarias. La novia sujeta en la mano levantada un cuchillo en el que*

*se ha clavado una manzana. Los regalos más pequeños se entregan haciendo un corte en la manzana e introduciendo en el mismo el dinero o la joya<sup>27</sup>.*

Y hasta aquí estas historias de encuentros y desencuentros entre dos pueblos tan distintos pero abocados a ser aliados en la lucha contra el «ogro» bonapartista. Por un lado los españoles, atrapados en medio de una guerra entre dos potencias, controlados en todos los aspectos de su vida por el clero católico y luchando bajo el lema «Dios, Patria y Rey»; un pueblo que, a diferencia del británico o del francés, nunca tuvo redaños para cortarle la cabeza a uno de sus monarcas, sino para todo lo contrario: desangrarse de 1808 a 1813 por el retorno de un Borbón absolutista. Y, por supuesto, un pueblo dividido. No en vano fue Wellington quien afirmó que España era como una gran orquesta en la que a los cinco minutos todos los músicos tocaban a su aire y cinco minutos después todos querían ser el director. Por otro lado estaba el pueblo británico, que había desarrollado una fuerte conciencia nacional y que se sentía bastante satisfecho de sí mismo. Inherente a esta conciencia nacional existía un sentido de superioridad que se podría describir como insoportablemente petulante. Esta actitud, reforzada por las características propias del protestantismo y por una serie de acontecimientos históricos que habían logrado que la conciencia pública estuviera ligada a un estatus mítico –la Reforma, la derrota de la Gran Armada, la Guerra Civil inglesa, la Revolución Gloriosa y, más recientemente, la derrota total de la causa jacobita– los británicos sentían que eran el pueblo más próspero, más avanzado y más libre de Europa<sup>28</sup>. A esto se añadía un cierto grado de sentimiento racista que, como hemos visto a lo largo de este trabajo, queda plasmado en las cartas y diarios de los soldados británicos que hablan de su paso por la sufrida tierra de Ciudad Rodrigo.

<sup>26</sup> James Bruce fue un viajero inglés nacido en 1730 que recorrió Abisinia, actual Etiopía. (N. del T.)

<sup>27</sup> SMITH, Harry, (1999) *The Autobiography of Sir Harry Smith 1787-1819*. Constable.

<sup>28</sup> Sobre el sentimiento de superioridad británico durante las Guerras Napoleónicas véase ESDAILE, Charles, (2009) *Las Guerras de Napoleón*. Ed. Crítica, Capítulo IV.

